

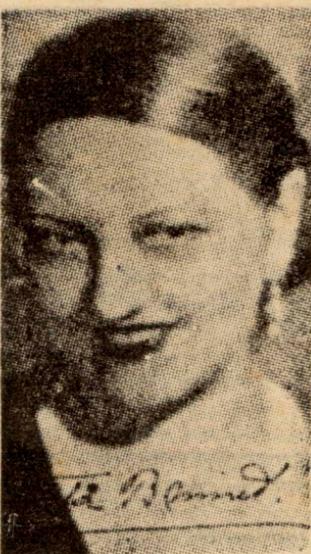
MARTA BRUNET Y EL CANDOR HUMANO

por DIEGO MIRAN

La literatura femenina chilena está llena de nombres que son algo más que sólo nombres. Que son personalidad y obra. Gabriela Mistral, María Luisa Bombal y Marta Brunet son los que primero vienen a las mientes. De esta última queremos ahora hablar, a propósito del justo otorgamiento del Premio Nacional de Literatura a su persona y de la aparición de una excelente "Antología de Cuentos" (Zig-Zag, Santiago de Chile, 1962), que tan bien testimonia su calidad de narradora. Lo importante en Marta Brunet es que ella no es, por donde se la mire, literaria. Lo más cabal y representativo de sus creaciones noveladas y cuentísticas es la espontaneidad, frescura, libertad y transparencia de su estilo. Tal vez sea este un producto de la tarea firme, dura, y que, en consecuencia, la suya resulte aquella "difícil facilidad" de los verdaderos artistas. Pero eso no obsta para que, leídos y gozados, sus relatos nos posean con una fuerza sutil, que encanta rápidamente.

La historia de Marta Brunet es simple y hermosa. En 1923 el crítico Alone recibió una carta en la cual una joven provinciana remitía al "cuco" de las

letras sureñas poemas de cierto amigo. La respuesta de Alone fue tajante: los poemas son malos, la carta excelente. En esas mismas líneas de contestación el crítico pedía a Marta Brunet sus propios originales. Así llegó a la imprenta "Montaña Adentro", que fue toda una revelación en el panorama de la literatura chilena de la tercera década del siglo. Los comentaristas y los escritores derrocharon elogios. Vinieron luego "Bestia Dañina", "Bienvenido", "Humo hacia el Sur", "Reloj de Sol", "Solita Sola", "La Mampara" y, por fin, su extraordinaria "María Nadie". En todos estos libros trascendió la más



notable cualidad de la escritora: su don de penetración en las almas simples. Gracias a él, llegó a descubrir el corazón más profundo de seres insignificantes, débiles, comunes, y lo encontró cargado de riquezas. Gentes de campo, ancianos, muchachas, desfilaron por novelas y cuentos componiendo ese vasto y viviente cuadro humano que sólo el arte puede componer.

Los cuentos reunidos en la antología de Zig-Zag —seleccionados, prologados y anotados por Nicomedes Guzmán— son precisamente un muestrario de la capacidad de Marta Brunet para recrear un personaje, para situarlo ante el conflicto, para enseñar cómo vence o es vencido por su circunstancia. Si la estructura del relato no necesita deformarse y sigue un cauce secuente para exponer los sucesos, los personajes tampoco constituyen casos de paranoia o inadaptación psicótica. Son como son (o como somos, diría mejor), pero también padecen su drama, se enfrentan a realidades que los contradicen o rechazan, pierden o ganan en la partida de la vida. Y ahí está, precisamente, la suave belleza de la obra de Marta Brunet: en el candor que prevalece siempre en la humanidad que recoge. Propongo como modelos la dulce Misia Marianita —"lenta, menuda, un poco feble, linda y descolorida"—, que descubre su barrio desde la cima del cerro de Santa Lucía y luego del deslumbramiento se apaga como una lucécilla, o la infantil Solita, en su universo de phatos hondamente subjetivo, recibiendo la lección pertinaz de la existencia en solitaria compañía.

Todavía el lector peruano puede encontrar en las ediciones argentinas que llegan a todas las librerías —ya que las chilenas apenas arriban a una que otra— libros como "Montaña Adentro" y "Humo hacia el Sur" (Losada, Buenos Aires, 1946 y 1953, respectivamente) y "La Mampara" (Emecé, Buenos Aires, 1946), en los cuales la maestría que ponderamos en esta singular escritora del país vecino se da con relieves originales. Conocer la obra de Marta Brunet es conocer la realidad de América Latina, ya que es en la literatura, pese a todos los escepticismos inculcados o desechados, donde mejor aparece el espíritu de nuestros pueblos, ese que tenemos que salvar primero y exaltar después en toda reivindicación de nuestro derecho a ser.